

## LOS VERSOS DE LEOPOLDO ALAS

§ 1.—Cuando en 1887 recibe “Clarín” una citación para comparecer ante Apolo, ya *han prescrito sus delitos poéticos*. Con todo, al recordarlos ahora de golpe se siente turbado, medroso. He aquí unas palabras suyas: “Yo entré con el sombrero en la mano, con paso tardo, y, valga la verdad, un tanto turbado. Al atravesar el umbral recordé de repente que en mi niñez, en mi adolescencia y en mi primera juventud había escrito miles de miles de versos, no tan malos como decían mis enemigos, que conocen de ellos una pequeña parte, pero al cabo capaces de sacar de sus casillas al dios de la poesía, aunque fuera éste de un natural menos irascible del que en efecto le caracteriza, como dicen ahora los estilistas” (1).

En el presente artículo pretendemos decir algo *en torno* a los versos de Leopoldo Alas; ofrecer, al mismo tiempo, algunos ejemplos. (Vaya por adelantado que ellos no nos revelarán a un buen poeta). Atenderemos así un olvidado aspecto de su obra (2); como fruto de semejante atención quizá se obtenga

---

(1) *Apolo en Pafos*, pág. 7. Madrid, 1887.

(2) Sólo conozco referencias sueltas en libros y artículos. Vid. en el número 14 del “Boletín del Instituto de Estudios Asturianos” (Oviedo, diciembre de 1951) la breve nota de Marino Gómez Santos, “Clarín” poeta. (*Dos composiciones en verso, inéditas, y una bibliografía*).

algún rasgo que ayude a trazar con mayor exactitud la semejanza o etopeya del novelista de *La Regenta*.

§ 2.—En la prensa ovetense de mil ochocientos sesenta y tantos publicó Alas una parte —muy reducida, sin duda— de sus numerosos versos de adolescente. (De aquellos periódicos no se conservan hoy día colecciones y sólo, cuando más, contadísimos números sueltos).

Alas, según Jove y Bravo (3), perteneció a la redacción de *El Anunciador*, “diario de intereses morales y materiales” fundado el 1866. Tal vez en alguno de sus números se insertaron versos de Leopoldo: un niño de 14 ó 15 años.

Constantino Suárez (4) escribe que “colaboró también con prosa y verso en los periódicos fundados en Oviedo (1868) con los títulos de *La Estación* [salía semanalmente] y *El Eco de Asturias*”.

§ 3.—Algunos versos de Alas aparecieron en publicaciones de Madrid: *El Cascabel* y *Gil Blas*.

El propio “Clarín” recuerda en un *palique* (5) que “*in illo tempore* era yo un adolescente bastante buen católico, aunque muy liberal, que con un seudónimo envié dos o tres poesías místicas a *El Cascabel*, que me las publicó en seguida”.

A *Gil Blas* mandó Alas versos y prosas. “¡Este semanario —recuerda admirado Palacio Valdés (6)—, tan exigente y desdenoso para todos los literatos que entonces existían en España, insertaba los escritos de un niño de quince años!”

§ 4.—Añade Palacio Valdés: “No dudo que su famoso *Juan Ruiz* contendría trozos muy apreciables..., Yo no los he leído, ni

---

(3) *Un siglo de prensa asturiana (1808-1916)*. Edición y nota liminar de José María Martínez Cachero. “Boletín del Instituto de Estudios Asturianos”, pág. 60 del número 7. Oviedo, agosto de 1949.

(4) *Escritores y artistas asturianos*. T. I, págs. 110 y 112. Madrid, 1936.

(5) Número 208 de *Madrid Cómico*: 29-I-1887.

(6) Cap. XXXIII de *La novela de un novelista*.

los ha leído nadie, porque la letra de Alas fue siempre inverosímilmente perversa, y durante su carrera literaria causó crueles tormentos a los tipógrafos”.

*Juan Ruiz* es el título de un semanario que Leopoldo Alas redactó para su uso particular todas las semanas que van del 8 de marzo de 1868 al 14 de enero del año siguiente, cincuenta números en total. Alas hacía de director y de amanuense. Versos y prosa sobre variados asuntos se reparten las páginas de *Juan Ruiz*, del que uno de los biógrafos de Alas (7) —que lo tuvo en su poder algún tiempo— informa con detalle.

§ 5.—Con fecha 16 de junio de 1871 Leopoldo Alas se licencia en ambos Derechos por la Universidad de Oviedo. Al otoño siguiente parte para Madrid.

En ese mismo año de 1871 un grupo de jóvenes escritores, en su mayoría asturianos, saca en Oviedo una corona poética, homenaje a la memoria del que fue su amigo Gonzalo Castañón. (Este, defensor íntegro de España en Cuba, había sido asesinado en Cayo-Hueso el 31 de enero del año anterior (8). Colaboran en la corona con prosa y poesía diecinueve nombres, entre los que destacamos a dos muchachos que andando el tiempo serían firmas prestigiosas: Vital Aza y Leopoldo Alas.

Alas ofrece un extenso poema titulado *A la memoria de Gonzalo Castañón*. Es una de tantas elegías ocasionales: la sombra de Gonzalo Castañón llega en funeral viaje al suelo asturiano para confiar a sus moradores el postrer deseo del patriota asesinado. Declara el poeta el profundo dolor que embarga su ánimo y mira al amigo muerto como redentor de Cuba:

---

(7) Adolfo Posada: *Leopoldo Alas*, "Clarín". Oviedo, Publicaciones de la Universidad, 1946. Vid. el cap. IX, "*Juan Ruiz*"; vid., además, las páginas 46, 73-75 y 86-88.

(8) Sobre Gonzalo Castañón, Vid. Constantino Suárez, ob. cit. T. II, páginas 370-375.

De Cuba el redentor Gonzalo sea,  
haced, sí, que su muerte la redima;  
el que en el crimen el acero emplea  
no más a Cuba oprima:  
mire Gonzalo al fin su anhelo cierto,  
si cuando vivo no, después de muerto.

§ 6.—Hasta aquí nos hemos referido a versos de Leopoldo Alas, en algún modo conocidos del público lector. Hablaremos ahora de algo con un mayor interés, siquiera sea dada su condición de rigurosamente inédito (9).

Se trata de dos cuadernillos sueltos, tamaño 16 x 11 cms., escritos de mano del Alas adolescente. Pertenecen a un libro sobre el cual lo ignoramos todo; un libro titulado *Flores de María*, conjunto de "poesías morales y religiosas".

De doce páginas consta el que llamaremos cuadernillo A. (Portada: Vid. la fotografía adjunta / Contraportada en blanco / *Dedicatoria* (tachada implacablemente) / Hoja en blanco / *La Ofrenda* (comienza esta poesía, que continúa en las seis páginas siguientes) / En la página 9 (en realidad, la pág. 11) concluye *La Ofrenda* y se inicia *La vida entre flores*. (*A la memoria de una joven*), composición que sigue en la página última del cuadernillo y que tal vez daría fin en el cuadernillo siguiente).

De 16 páginas consta el que llamaremos cuadernillo B. (*La voz de Dios*, composición que se inicia en la página 97 y termina en la página 102 / 7 *Cantares*, páginas 103 y 104 / *La casa del diablo rojo*, romance que está incompleto en las páginas 105 a 112 de este cuadernillo).

(En el APENDICE del presente artículo ofrecemos el texto íntegro de *La Ofrenda* -cuadernillo A- y de *La voz de Dios* -cuadernillo B-. No interesa hacer otro tanto con *La vida entre flo-*

---

(9) Mi gratitud más sentida a la señora doña María Cristina Alas de Tolívar por su generosidad al poner en mis manos, autorizándome para hacer uso de ellos, tan valiosos recuerdos de su abuelo.



Recopilado de Aza y Azares.

Escrito a la Madre de Dios  
Arriba de la Paz

poemas  
moral y religiosa.

---

Flores de Maria

res -cuadernillo A- y *La casa del diablo rojo* -cuadernillo B-, habida cuenta de su condición de composiciones incompletas. Vaya este par de cantares como muestra de los insertos en el cuadernillo B:

“Detrás de la cruz el diablo”,  
un refrán suele cantar.  
Vi una cruz sobre tu pecho,  
con que no miente el cantar.

Dices, niña, que al desierto  
quieres marcharte a vivir,  
y es porque sabes que el mundo  
se marchará tras de ti.)

Nos importa llamar la atención sobre la segunda parte del poema *La Ofrenda*, esto es: los versos que van desde “Más tarde, cuando al monte / solo iba ya...” hasta el último verso. Leyéndolos recordamos determinado pasaje de *La Regenta* —Vid. páginas finales de su capítulo IV—. Ana Ozores, una adolescente de sensibilidad excitada y muy a flor de piel, subió una tarde de otoño al monte de los tomillares “con el proyecto de empezar a escribir un libro, allá arriba, en la hondonada de los pinos...; era una obra que días antes había imaginado, una colección de poesías “A la Virgen”. Anita llega a la hondonada de los pinos, abre el libro de memorias que llevaba, pone en su primera página “A la Virgen”, y queda esperando “la inspiración sagrada”. Brotan luego los versos en tropel: la mano adolescente corre y corre con el lápiz entre los dedos, “pero siempre el alma iba más deprisa”. Dejó un momento de escribir “y los versos de Ana, recitados como una oración entre lágrimas, salieron al viento repetidos por las resonancias del monte. Llamaba con palabras de fuego a su Madre Celestial. Su propia voz la entusiasmó, sintió escalofríos, y ya no pudo hablar: se doblaron sus rodillas, apoyó la frente en la tierra. Un espanto místico la dominó un momento.

No osaba levantar los ojos. Temía estar rodeada de lo sobrenatural. Una luz más fuerte que la del sol atravesaba sus párpados cerrados. Sintió ruido cerca, gritó, alzó la cabeza desfavorida... no tenía duda, una zarza de la loma de enfrente se movía... y con los ojos abiertos al milagro, vio un pájaro oscuro salir volando de un matorral y pasar sobre su frente”.

§ 7.—En el otoño de 1871 Leopoldo Alas, Licenciado en Letras, llega a Madrid para cursar Letras. En Madrid estaban desde hacía algún tiempo sus fraternales amigos Pío Rubín y Armando Palacio Valdés; no tardando se les uniría Tomás Tuero. Reconstruido así el grupo de Oviedo, juntos los cuatro en la posada de la calle Capellanes, número 2, piensan y sacan a la calle una hoja titulada *Rabagás*, “periódico audaz”; (“...leyeron con honda curiosidad —escribe Posada (10)— el *Rabagás*, de Sardou, precisamente cuando fraguaban inquietos una salida, que apetecían ruidosa, al palenque periodístico”). Sólo vieron la luz tres números; en ellos alternaban la prosa con los versos, una y otros de bien marcado tono satírico. *Rabagás* nació y murió en 1872; murió por falta de recursos económicos. Cuenta Posada que “cierto día los repartidores de la publicación se personaron ante la posada de los redactores, exigiendo, en forma poco correcta y con las palabras que puede suponerse, la entrega del cuarto número o la liquidación de las cuentas. Armando Palacio quería decidir la cuestión a puñetazos, pero Tomás Tuero —gran ironista—, más práctico y más sereno y, a su modo experto psicólogo, recabó la presencia de dos del orden público, a los que recibió con grave continente, con su empaque de gran señorío, llamándoles la atención, a los del orden, sobre aquel escandaloso espectáculo y terminando su arenga con estas palabras, que resultaron decisivas: “Hagan ustedes que esos chicos se retiren y en caso de negarse llévenles a la cárcel bajo mi personal responsabilidad” (11).

---

(10) Adolfo Posada, ob. cit., pág. 115. Vid. el cap. XI de dicho libro.

(11) Adolfo Posada, ob. cit., pág. 118.

§ 8.—Leopoldo Alas hace periodismo en *El Solfeo*; comienza a ser, desde abril de 1875, "Clarín"; se doctora en *Leyes* tres años más tarde, el día 1 de julio, con una tesis sobre *El Derecho y la Moralidad*; oposita a una cátedra de Economía Política y es injustamente preterido. Pero ninguno de éstos y de otros datos biográficos externos importan ahora.

Es que, como ha dicho Pedro Sáinz Rodríguez (12), el "muchacho religioso y romántico que partió de Asturias a conocer las eminencias madrileñas fue profundamente influido por la filosofía krausista". Una honda crisis se inicia en el espíritu de Alas desde sus primeros tiempos de estancia en Madrid. Parece quedar lejano, pavorosamente lejos, el fervor de aquellas adolescentes *Flores de María*. Es que algo se ha venido abajo durante estos años de experiencia madrileña; turbias, desgarradoras raíces han nacido y crecido entre las ruinas. He aquí un expresivo soneto de Leopoldo Alas, publicado en *La Ilustración Gallega y Asturiana*, año 1879 (13).

Crece la hiedra sobre el fuerte muro  
que a hierro y fuego resistió, no en vano;  
crece la hiedra, y en su afán insano,  
del granito quebranta el pecho duro.

La fortaleza, del valor seguro,  
ora es tan sólo vallador liviano,  
y derriba la hoz del aldeano  
hiedras y piedras en montón impuro.

Así fue el alma: inexpugnable fuerte  
que el desengaño y el dolor un día  
no rindieron en bárbara batalla.

---

(12) *La obra de "Clarín"*. Discurso de apertura del curso 1921-1922 en la Universidad de Oviedo. Madrid, 1921.

(13) Sin título. En el número del 10-VI-1879, pág. 189 del tomo I. (A continuación se inserta, también sin título, el soneto que comienza: "Pulso la lira, y en las cuerdas de oro". Vid. APENDICE, III).

Nació la duda, y crecen de tal suerte  
sus raíces llenando el alma mía,  
que ya rindo a la muerte la muralla.

§ 9.—Por Real Orden de fecha 10 de julio de 1882 se nombraba a Leopoldo Alas catedrático numerario de “Elementos de Economía Política y Estadística” de la Universidad de Zaragoza, reparándose así el desafuero con él cometido años atrás. En julio de 1883 Alas era ya catedrático de la Universidad de Oviedo, donde vivirá hasta su muerte.

De 1872 a 1882 pasaba los veranos con su familia: en Oviedo y en Guimarán. Los amigos de Asturias esperaban con ilusión su retorno, y a los periódicos no se les pasaba desapercibido. En sus páginas se publicaban artículos y versos de Alas, así en: *Ecos del Nalón*, *El Carbayón*, *La Ilustración Gallega y Asturiana*, la *Revista de Asturias*, etc.

(Gómez Santos —vid. nota 2 del presente artículo— ha ofrecido una bibliografía de los poemas de Alas que vieron la luz en publicaciones asturianas entre 1876 y 1881. En nuestro APENDICE damos el texto de dos composiciones —las que estimamos de mayor interés—: *Símbolo*, (apareció en *Ecos del Nalón*, Oviedo. Número del 15-I-1878) y *La bayadera y el muni* (en *Revista de Asturias*, Oviedo. Número del 25-V-1879).

En el verano de 1880 visita Asturias Ventura Ruiz Aguilera; en su homenaje se celebra una velada literaria en el paraninfo de la Universidad de Oviedo (14). Leopoldo Alas tomó parte en ella leyendo *El dolor de los dolores*, elegía de Ruiz Aguilera a Elisa, la hija muerta. En la reseña de la fiesta que trae la *Revista de Asturias* leemos: “Sin duda en ocasión en que Alas ensayaba a solas la difícil lectura de tales pasajes, tocado de aquella misma influencia que después conmovía

---

(14) Vid. nuestro artículo *El poeta Ventura Ruiz Aguilera y Asturias*. En “*Revista de la Universidad de Oviedo*”. (Cuaderno de la Facultad de Filosofía y Letras), número de mayo-agosto, páginas 65-89.

profundamente al público, tomó la pluma y trazó de una vez las acabadas estrofas que puso como digna introducción y que recibimos con nutrido aplauso". (No nos ha sido posible encontrar tales estrofas de Alas).

§ 10.—En realidad, por estas fechas —hacia 1880, hacia 1882— comienzan a prescribir los que Alas llamaría sus "delitos poéticos". El versificador deja franco el paso al crítico —*La literatura en 1881, 1882*; los *Solos*— y al narrador —algún esbozo de cuento en los *Solos*, el primer tomo de *La Regenta*, 1884 (15).

Con posterioridad a estas fechas sólo sabemos de la polémica mantenida con Manuel del Palacio (16). En su casa de Guimarán, a 15 de junio de 1889, "Clarín" dirige una extensa epístola en tercetos a su contradictor (17). De ella interesan para nuestro objeto los siguientes versos:

Los pocos versos que hice eran muy fríos,  
abstractos y premiosos, de un profano,  
producto, al fin, de olímpicos desvíos.

Por eso los quemé; y, en castellano  
que procuro pulir, escribo en prosa,  
libre de ripios y en estilo llano.

¡Qué lejos ya la adolescencia hermosa,  
en que fueron tristezas, ilusiones,  
cantos y soledad, todo una cosa!

Y también nos importa el terceto que dice:

Porque el versificar es brava cosa;  
pero cabe también la poesía  
sin el rún-rún de frase cadenciosa.

---

(15) Uno de los primeros ensayos narrativos de Leopoldo Alas fue la novela titulada *Speraindeo*, de la que sólo existen tres capítulos, insertos en otros tantos números de la *Revista de Asturias*, tomo correspondiente a 1880. Muy en breve exhumaremos dichos fragmentos.

(16) Relata esta polémica Narciso Alonso Cortés en *Jornadas*, páginas 68 a 73. Valladolid, 1920.

(17) Vid. *A 0,50 poeta*. Madrid, 1889. (Es el V de los "Folletos Literarios").

Muy de verdad en esto último. Por eso el verdadero poeta, el gran poeta que era Leopoldo Alas hemos de buscarlo —y lo encontraremos con generosa abundancia— en lugar distinto de sus versos, y sí que ahora nos parecerán éstos “delitos poéticos”. Acierta Ricardo Gullón (18) cuando escribe: “...buena parte de la obra narrativa de Leopoldo Alas es simple sucedáneo de la poesía en verso que —si no le faltaran dotes— hubiera surgido como adecuada expresión de sus intuiciones. Sus novelas cortas y sus cuentos soportan una hipoteca, una tensión lírica que las hace vibrar”. Acierta también Mariano Baquero Goyanes (19): “Clarín”, que deseaba una *novela poética*, logró alcanzar este ideal con sus narraciones breves, que no sólo no tienen nada que ver con los poemas en prosa, sino que se caracterizan por su realismo, por la ausencia de escenografía liricoide y por la ternura jamás degenerada en sensiblería. Lo más valorable de Alas es precisamente su intuición poética, que en la mocedad le llevó a componer versos..., y que, más tarde, encarnó en las narraciones breves”.

§ 11. FINAL.—Llegamos al término de nuestro intento: atender un olvidado aspecto de la obra de Leopoldo Alas, ofreciendo juntamente alguna muestra de sus versos. Nos hemos reducido a constatar, a documentar, a citar.

“Como fruto de semejante atención —decíamos en el primer párrafo del presente artículo— quizá se obtenga algún rasgo que ayude a trazar con mayor exactitud la semblanza o etopeya del novelista de *La Regenta*”. Dos rasgos sobre todo, a saber: I. Profundo sentimiento religioso, durante largo tiempo peligrosamente amenazado por la duda, pero al cabo enhiesto y triunfador, aunque cosa harto distinta piensan quienes se atienen con exceso a la letra que mata; II. Lo que Baquero Goyanes (20)

---

(18) *Las novelas cortas de "Clarín"*. Pág. 3 del número 76 de *Insula*.

(19) “Clarín”, *creador del cuento español*. Pág. 154 del t. V de *Cuadernos de Literatura*.

(20) *Art. cit.*, pág. 161.

califica de *protesta contra lo excesivamente racional y científico*, (Vid. las composiciones IV y V del APENDICE: *Símbolo y La bayadera y el muni*). Escribe Baquero: "Satírica, incisivamente, combate "Clarín" en esas narraciones [*Doctor Sutilis, La mosca sabia, El doctor Pértinax, Doctor Angélicus y El gallo de Sócrates*] el cerebralismo que aniquila lo más sencillamente vital. Todos estos cuentos tienen por protagonistas a sabios antivitales, tan sin corazón y tan sin ideales que todo se seca a su alrededor, produciendo la desdicha o la estupidez. "Clarín" preconiza un vitalismo que, en ocasiones, llega a lo pánico y primario".

Ciertamente Leopoldo Alas no era poeta en verso, pero fue poeta, gran poeta aplicado a otros menesteres literarios. Conviene a sus versos estas palabras que acersa de los de Jaime Balmes escribió don Juan Valera (21): "...están mejor sentidos que expresados, haciéndonos entrever el tesoro de poesía que encerraba su alma, sin que llegara a manifestarse con lucidez completa por la poca maestría en el manejo de la palabra rítmica". Más recientemente Melchor Fernández Almagro (22) añadía: "Desde luego: alma noble y deficiencia técnica son notas distintivas de la poesía de Balmes, pero con ella hay que contar para explicarse del todo su vida y su obra, no sólo por lo que tenga de lírico escape, sino también por la interpretación incluso ideológica, que permite dar al conjunto de su producción". Tal ocurre con las composiciones de Leopoldo Alas.

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO

---

(21) *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, página 237 del t. V. Madrid, 1903.

(22) En "ABC" del 29-XI-1951.

## A P E N D I C E

### I. LA OFRENDA

Sagrado imán de tiernos corazones,  
dame a besar Tus pies y el homenaje  
recibe de mi amor en mis canciones;  
del más bello ropaje  
quise vestir mi musa, porque pueda  
a Tu presencia pronunciar su canto,  
y la música leda  
inspirará sus notas en Tu encanto.  
¡Encanto dulce, inspiración sagrada!  
Yo diviso en el cielo Tus raudales  
y de sed abrasada  
corre el alma a Tus límpidos cristales;  
beber de ellos ansía  
y huye del mundo el árido desierto.  
Tú eres sola, María,  
fuente a mi sed, para mi nave puerto.

Hasta Tus plantas me mostró el camino,  
cuando dejé mi cuna, la querida  
mujer de que nací, y es mi destino  
guiar a Ti los pasos de mi vida.  
Cuando apenas mis manos  
alzar podía sobre mi cabeza  
para rogar al Dios de los cristianos,  
mi madre me decía: "reza", "reza",  
"reza a esa Virgen pura,  
tierna madre del Dios de tierra y cielo;  
acerbos males cura,  
las penas a su voz hallan consuelo".

Y guiando mis pasos vacilantes  
al templo que en el alto aparecía,  
con voces y miradas suplicantes,

Madre de Dios, por tu hijo te pedía :  
"Virgen santa —clamaba—, al tierno niño  
que hoy coloco al abrigo de Tu manto  
libra del mundo,  
y yo, por él, te ofrezco su cariño.  
De una madre jamás el pecho miente,  
y me dice en secreto  
del pobre niño el labio sonriente  
que con fe cumplirá lo que promete.  
Verás cómo algún día,  
doquiera que la suerte le arrebate,  
al nombre de *María*  
su corazón de amor ansioso late...  
Adalid de tus huestes esforzado  
buscará de tu causa la victoria;  
por guardar mi memoria,  
por conservar la fe que le he enseñado  
en medio a los azares de la suerte,  
recordará los días de la infancia  
si en ellos puede verte  
cuidar su sueño con materna instancia.  
Su corazón de infante  
atrae, pastora, a Tu divino seno.  
No le hagas rico en un poder gigante,  
débil y pobre, sí, más hazle bueno.  
Si en el libro de Dios tiene aprobada  
de duelo alguna hora,  
que sufra en la jornada  
de esta vida veloz y pecadora.  
Primero que feliz, hazle piadoso,  
que quien te sabe amar no es desgraciado,  
¿ni qué llanto copioso  
no fue con tus sonrisas enjugado?  
Sí, mi hijo Te amaré; Tú, de sus males  
serás consuelo en la contraria suerte,  
secarás de su llanto los raudales  
y de su fe serás el muro fuerte".

o .

Mas tarde, cuando al monte  
Solo iba ya a mirar desde la altura,  
Contemplaba en el pálido horizonte  
Entre nubes de sueños tu figura.  
De rosales bañada  
Y jugando doradas cabelleras,  
Por coronas de fuego circundada,  
Corona que formaban mil esferas;  
El instante en que el viento  
Y de estrellas lucientes guarnecido,  
Yegundo firmamento  
En tus hombros divinos sostenido.  
Mi te vi, tus ojos inundaban  
Todo el espacio con su luz suave,  
Y el arroyo y el ave  
Y sus gritos a tu vista redoblaban.  
Naturaleza entera parecía  
Mostrar en sus bellas manos  
Todo un himno entera, y, sobre mí,  
Yo en tu luz mis lágrimas vertía.  
Y las formas que formaron  
Mi primera unión; con el rubor  
de un vago sentimiento se mezclaban  
y un llanto de amor canté mi gozo.

Mas sería tarde que de rama en rama



Esto dijo mi madre y aún resuena  
en mi pecho su voz, no di al olvido,  
Virgen de gracia llena,  
lo que por mí mi madre ha prometido.  
Yo entonces escuchaba  
sin comprender siquiera, más sentía  
que de placer el pecho se inundaba  
y tu nombre adorado repetía.

Más tarde, cuando al monte  
solo iba ya, a mirar desde la altura,  
contemplaba en el pálido horizonte,  
entre nubes de sueños, Tu figura  
de rosicler bañada  
y pisando doradas cabelleras;  
por corona, de fuego circundada,  
corona que formaban mil esferas;  
el manto azul al viento  
y de estrellas lucientes guernecido,  
segundo firmamento  
en tus hombros divinos sostenido...  
Así Te vi: Tus ojos inundaban  
todo el espacio con su luz suave,  
y el arroyo y el ave  
sus gritos a Tu vista redoblaban.  
Naturaleza entera parecía  
mostrar en sus bellezas más aliño;  
todo, un himno entonaba, y, pobre niño,  
yo en Tu loor mis lágrimas vertía,  
lágrimas que formaron  
mi primera canción; con el sollozo  
de un vago sentimiento se mezclaron  
y con llanto de amor canté mi gozo.

Mas una tarde que de rama en rama  
a la cima trepé donde solía,  
una lira encontré que la retama  
con sus hojas apenas escondía.

Tendí ansioso la mano al raro objeto,  
hasta entonces de mí siempre ignorado,  
mas con santo respeto  
al punto en tierra lo dejé turbado.  
Al tocar sin querer las cuerdas de oro  
repitieron los valles un sonido,  
y aquel eco sonoro  
un mundo me mostró desconocido.  
Vi rasgarse delante el horizonte  
y otro horizonte apareció más lejos;  
quedó Tu imagen que bajaba amante  
de una azulada luz a los reflejos.  
"Todas las tardes, niño, me dijiste,  
sobre esta cumbre encontrarás tu lira,  
canta el amor de Dios, si Dios te inspira".  
Y entre nubes rosadas Te escondiste.  
Ya no Te volví a ver desde aquel día.  
Los montes y los valles resonaron  
al nombre de María  
que mis labios en himnos entonaron.  
Por la frondosa vega  
con placer repetido de eco en eco  
hasta mi madre llega.  
Su anhelo se cumplió desde la altura  
en que ella ofreció un día  
ante el sagrado manto de María  
de su hijo el alma pura.  
Canto el amor de que inflamó su celo  
mi corazón en su primer latido,  
el amor, que un sonido  
pide a la lira que bajó del cielo.  
En sus cuerdas oír quise los suaves  
quejidos que el Cedrón gemir hacían;  
quise en mi lira repetir las graves  
notas que el arpa de David herían.  
Mas si por siempre en el espacio mudo

sus ecos se perdieron,  
y los acordes de mi plectro rudo  
sus ayes recordar no merecieron;  
la plegaria que cantan los creyentes  
podré entonar desde mi oculto nido,  
el himno del amor agradecido  
como el viento y las aves y las fuentes.  
Podrá cuando la luz me dé matices  
de azul y rojo en nubes dilatadas  
verte mi fantasía ya que bendices  
las almas a Tu manto cobijadas.  
Y al expirar la luz, su última nota  
al viento dejará la canción mía...  
Y oiré un acento que en el aire flota  
tenue, sutil, y que dirá: ¡*María*..!

## II. LA VOZ DE DIOS

“¿Dónde la voz de Dios que los creyentes  
escuchan sin cesar  
podré yo oír? Porque a mi torpe oído  
no ha llegado jamás”.

Del corazón vertiendo en un sarcasmo  
toda la amarga hiel,  
así exclamaba el infeliz ateo,  
y reía después.

Risa que retumbando en mis entrañas  
a decir me obligó:  
“Ven, ateo, y oirás donde te lleve  
del eterno la voz”.

Del horizonte las parduzcas nubes  
presagian tempestad,  
en su busca marchemos que allí, ateo,  
la voz de Dios oirás.

Esas nubes creciendo, de los cielos  
ya borran el azul

y ocultan a los ojos de los hombres  
el padre de la luz.

Ya el viento en ondas lleva a tus oídos  
del trueno el rebramar,  
y las ramas se inclinan al azote  
del fiero vendaval.

¿Qué era ese trueno, precursor del rayo,  
que tu oído aturdió  
haciendo estremecer el valle y monte?  
Era la voz de Dios.

¿No resiste tu espíritu apocado  
tan terrible verdad?  
¿Lo formidable de esa voz te espanta?  
Pues más dulce la oirás.

¿Nunca estuviste en el sagrado templo  
cuando el pueblo de Dios  
los acordes del órgano encuchando  
eleva el corazón?

Y sale de mil labios suplicantes,  
en oraciones mil,  
leve ruido que imita el que producen  
alas de un serafín.

¿Nunca oíste del templo en el espacio  
vagar ese rumor,  
ir de altar en altar cual brisa leve?  
Era la voz de Dios.

¿Nunca en el mar te sorprendió la noche  
—pero en el alta mar—,  
doquier sintiendo soledad profunda,  
silencio sepulcral?

Ese mismo silencio de las olas  
que tu alma adormeció,  
haciéndote pensar en lo infinito,  
era la voz de Dios.

¿Y no oíste al pasar junto a un escollo  
la voz del timonel?  
Esa voz que un peligro te anunciaba  
era de Dios también.

La voz de Dios, porque del mal ~~de~~ ~~de~~ ~~de~~  
y aunque humilde talio  
del ronco pecho del marino Lobo,  
era la voz de Dios.

Y dondequiera que escuchas pretendas  
la voz de Dios oír,  
de la fiere el rugido es en los broncos  
y del ave el cantar.

Y el ruido de furiosa catarata  
voz del Eterno es,  
y el murmullo apacible del arroyo  
su voz santa también.

Alas cataratas, arroyos, fiere y ave,  
marino y tempestad,  
solo son instrumentos, que a Dios se oren  
para hablar al mortal.



La voz de Dios, porque del mal ahuyenta,  
y aunque humilde salió  
del ronco pecho del marino lobo,  
era la voz de Dios.

Y donde quiera que escuchar pretendas  
la voz de Dios oirás;  
de la fiera el rugido es en los bosques  
y del ave el cantar.

Y el ruido de furiosa catarata  
voz del Eterno es;  
y el murmullo apacible del arroyo  
su voz santa también.

Mas catarata, arroyo, fiera y ave,  
marino y tempestad,  
sólo son instrumentos, que a Dios sirven  
para hablar al mortal.

En el alma del hombre hay un santuario,  
y en toda su extensión  
allí resuena grave, poderosa  
del Eterno la voz.

Ateo: es la conciencia. Escucha, escucha,  
la tienes que sentir;  
corres, huyes y tapas los oídos,  
¡y está dentro de tí!

Si pretendes abrir tu labio infame  
queriendo blasfemar  
una voz te dirá: "calla, insensato".  
La voz de Dios será.

Yo creí siempre en Dios y de dulzura  
llenó mi corazón.  
Una voz de esperanza en él sonaba,  
¡era la voz de Dios!

### III.

Pulso la lira, y en las cuerdas de oro  
de espíritu inmortal oigo el lamento;  
callan las cuerdas, y el furioso viento  
me repite la queja en triste lloro.

Busco el amor; la virgen en que adoro  
suspira con fatal presentimiento;  
y hasta en la iglesia el majestuoso acento  
llora también del religioso coro.

Lágrimas vierte el mar sobre la arena  
y en la noche sorprende su gemido,  
de misterioso mal queja insondable.

Cualquier voz del mundo es de una pena  
la vibración profunda, es el latido  
del dolor infinito y perdurable.

### IV. SIMBOLO

En bosque misterioso que alfombraba  
esmaltada verdura,  
a una mujer un hombre le contaba  
toda la inmensidad de su ventura.  
Porque, amándose locos y olvidados  
de cuanto el mundo encierra,  
vagaban por los bosques y los prados,  
cual dueños absolutos de la tierra.

Un sabio, que sabía  
que en aquellas praderas misteriosas  
una planta muy rara encontraría  
escondida entre lirios y entre rosas,  
también ensimismado  
acude aquella tarde al mismo prado;  
y, con esa abstracción de los doctores  
que en la ciencia prescinden de las flores,  
las hojas que le estorban deshojando,

va, sin pensar, los pétalos echando  
a los pies del amante y de la bella;  
“ella” piensa que es “él” y “él” piensa que “ella”;  
pues, todos absorbidos,  
puestos en sus amores los sentidos,  
no ven al importuno;  
y, como no ve nadie, no hay ninguno.

Así pasó la tarde placentera,  
sin estorbar al sabio los amantes,  
ni a ellos él, mientras sigue en la pradera  
sus pesquisas al mundo interesantes.

Esto me refirió cabe la umbría  
amante rruiseñor que lo veía,  
mientras que sus canciones se vengaban  
de un amoroso agravio.  
Y a él tampoco en sus quejas le estorbaban  
los amantes ni el sabio.

## V. LA BAYADERA Y EL MUNI

*(Diálogo del Oriente, dedicado a mi amigo E. Sánchez Calvo)*

*Bayadera*

—Habla, Muni; pendiente de tu boca  
mira la suerte de la niña impura  
que mancharon los labios del tchandala:  
perdióse el cuerpo, pero dentro queda  
la pura luz que lo ilumina todo.  
Cualquiera mancha con la luz se borra,  
y el sacro fuego del amor de Brahma  
arde aquí dentro; si salvarme puedes,  
habla, Muni, del precio no se trate;  
¿será el dolor? cuando posó el tchandala  
sobre mi boca sus groseros labios,  
sentí el dolor más grande de la vida.  
Habla, Muni.

*Muní.*

—¿Qué quieres, Bayadera?  
¿Por qué me turbas? Del sagrado asilo,  
místico albergue que la paz me otorga,  
¿por qué interrumpes el silencio santo?  
Ve, Bayadera, y al tchandala coge  
todos los besos que en su ardiente boca  
palpitando estarán, deja la selva;  
pídele amores al tchandala, y vive,  
vive en las fiestas, en la alegre danza;  
pues eres nada, sombra de apariencia,  
vive a lo menos y el placer disfruta;  
besa al tchandala, y salvación no esperes.

*Bayadera.*

—Mira a las aves que pusieron nido  
de tus rodillas al abrigo santo;  
tú las consientes, como estatua inmóvil,  
con yerba y tierra mancillar tu carne  
y gozar a tu lado tus caricias.  
Ya seré una ave plañidera y triste;  
con la impureza del manchado cuerpo  
osaré apenas mancillar tus plantas,  
y aquí, a tus plantas, solitario nido  
tendré también, cual ave pasajera  
que en negra noche la tormenta esquiva.  
Yo soy un ave, mi camino el cielo,  
el cielo puro donde alberga Brahma  
en ancho seno, diáfano, impalpable,  
a los que buscan luz, la luz eterna...  
Mas hoy la sombra vivirá a tu sombra...

*Muní.*

—¡No me toques los pies! Huye del bosque,  
deja al Muní y entrégate al tchandala;  
llega a su boca y, al tocar sus labios,  
dile el secreto, y mátales enseguida,

que el Muni santo morirá de celos,  
que morirá de envidia el Muni santo;  
y que antes de ser malo le maldije  
cuando aún el cielo mi plegaria oía.  
Sí, Bayadera, tu presencia impura  
al vuelo de mi fe cortó las alas...  
Ya del Nirvana, del vacío inmenso,  
el alma arrebatada estaba llena,  
sin sentirse, y feliz; pero tus ojos  
me impregnan del amor, ola tras ola  
me inunda el corazón... y adiós, Nirvana;  
tú eres la nada y el amor es todo,  
¡tú eres la muerte y el amor es vida!

*Bayadera.*

—Si tú lo quieres, besaré tus labios  
sublime beso! por limpiar los míos...

.....  
.....

*Muni.*

—¡Ay, Bayadera, que perdí la gracia!  
¡Vuelvo a la sombra y al vivir oscuro!

*Bayadera.*

—¡Borré la mancha de mi labio impuro!